

miso que habia contraido la víspera, habia querido tomar por árbitro á Courtois, cuyas opiniones conocia de antemano.

---

CAPÍTULO XV.

---

Así fué como figuró Felipe Igualdad entre los jueces de Luis XVI, y dejó caer en la urna mortal el voto, que ni aun habia siquiera escrito, y que, como acabamos de ver, le habia sido dado por Camilo Desmoulins.

El 17 de Enero en la noche, Luis XVI fué condenado á muerte por la mayoría de cinco votos.

El 19 Buzot sube á la tribuna, pide que se sobresea el juicio, y añade:

“Tengo la íntima conviccion de que se quiere un rey en lugar del que ha caido; de que existe un partido que trabaja para elevar á otro. Comparad los acontecimientos de Inglaterra con los que ahora vemos, y conoceréis que ese partido no pide la muerte de Luis XVI sino para poner otro rey en su lugar.”

Así, pues, como puede convencerse, el duque de Orleans no habia ganado nada á pesar de la concesion que habia hecho, por terrible que fuese.

Luis XVI fué ejecutado el 21 de Enero de 1793.

Esta ejecucion acarreó el rompimiento de la Francia con la Europa entera, y aun con la misma Francia.

La Vandee que rujía sordamente, estalló. La Inglaterra despidió á nuestro embajador, nos enemistó con la Holanda, la Prusia, y con la España; y Luis XVIII, por una declaracion dada en Hamm, tomó el título de regente y nombró á su hermano, el conde de Artois, teniente general del reino.

Dumouriez estaba en Paris: si habia emprendido seriamente libertar al rey del cadalso, ó si teniendo proyectos para el porvenir sobre el duque de Chartres tenia interes en dejar obrar libremente la cuchilla de la guillotina, solo él, el duque de Orleans y Dios pudieron saberlo.

No por esto dejó de hacer su dimision despues del 21 de Enero; pero se conocia muy bien, que en la situacion en que se encontraba, la espada del vencedor de Valmy y de Jemmapes era necesaria á la República.

La dimision de Dumouriez no fué admitida: Dumouriez no insistió mas en ella; sin duda esta dimision lo relevaba á sus propios ojos de las promesas que habia hecho al rey de Prusia. Presentó muchos planes de campaña: uno de estos planes, que consistia en invadir rápidamente la Holanda, fué aprobado.

El 17 de Febrero, hizo la irrupcion en Holanda la vanguardia de Dumouriez.

Hé aquí cuál era el plan de la campaña.

Las tropas debian marchar sobre Berg-op-Zoom, de Berg-op-Zoom á Breda: llegando á Moerdick, atravesarian el Bielbos, brazo de mar de dos leguas que conducia á Dordreck, avanzarian por Rotterdam y la Haya, hasta Amsterdam.

Una vez ocupada la capital de la Holanda, quedaba conquistada.

Dumouriez tomó el mando en gefe de la espedicion: manifestó el plan general á Valence y á Miranda, sus dos ayudantes, les recomendó que avanzasen lo mas cerca posible de Nimigue, y puso á Thouvenot en observacion sobre el Meuse.



Después, dejando el cuerpo principal del ejército, juntó con mucha prontitud 18,000 hombres, repartidos en cuatro divisiones, y salió de Anvers con su artillería.

En veinte días, el general Bernevoy había tomado Klundert-Daseon; por dos admirables maniobras se había apoderado de Breda y de Gertmidemberg: cuatrocientas piezas de artillería, quinientos mil cartuchos, seis mil fusiles nuevos y treinta y cinco buques de transporte en buen estado, habían caído en nuestro poder.

Durante este tiempo, el duque de Chartres bombardeaba á Vanloo y á Maestricht; las órdenes que tenía eran terminantes respecto de esta última ciudad: debía tratar á Maestricht del mismo modo que el duque de Sax-Teschen había tratado á Lille.

El duque de Saxe-Teschen había destruido á Lille, sepultándola bajo una lluvia de balas.

Al cabo de tres días de bombardeo, Maestricht estaba incendiada; solo la ciudad, defendida en gran parte por los emigrados franceses mandados por el general Autichamp, oponía una resistencia de francés á francés.

Entre tanto pasaban estos sucesos se supo que el príncipe de Saxe-Cobourg á la cabeza de sesenta mil austriacos, avanzaba hácia nuestras plazas del Meuse, para juntarse con los prusianos reunidos en Vesel. Su objeto era hacernos levantar los sitios de Maestricht y de Vanloo, y al arrojarnos de Holanda, obligarnos á repasar el Meuse, en cuyos bordes aguardaban que se recobrase á Magence sobre Custine.

El príncipe de Sax-Cobourg comenzó el 1.º de Marzo esta gran maniobra; atacó á Aix-la-Chapelle, rechazando á Dampierre y á Steingel. El 3, el archiduque Carlos, por su parte, sorprendió al general Leveneur, que bombardeaba á Maestricht del lado de Wick, el cual repasó el Meuse, salvando su artillería y el parque. Viendo la retirada de Leveneur, Miranda, que á su vez mandaba con el duque de Chartres el bombardeo de la orilla izquierda, se

retiró, dejando los bagajes en poder del enemigo, hácia Saint-Trou, donde se le juntaron Valence, Dampierre y Miazinski; Lamarliere, y Champmorins, obligados á salir de Ruremonde, llegaron á su turno, y d'Harville y Steingel siguieron la misma dirección. En fin, después de una retirada de las mas difíciles, nuestras tropas se encontraron reunidas en Tirlemont, es decir, en el mismo punto de donde habían partido.

Dumouriez por su lado trabajaba por la realización de su plan de invasión.

Era ya dueño de Breda, de Klundert, de Gertruidemberg; sitiaba á Villeinstadt y bloqueaba á Berg-op-Zoom y á Steinberg. Intimidado á rendirse, Heurden iba á abrir sus puertas, estaba en Moerdick y se preparaba á pasar el brazo de mar, cuando sabe que su presencia es indispensable en el ejército de Bélgica.

En efecto, Valence acababa de ser derrotado cerca de Tirlemont; la derrota había sido completa, los fugitivos habían llegado hasta Paris, lo que jamás se había visto, ni aun cuando los prusianos estaban en Verdun.

Dumouriez llega el 11 de Marzo á Anvers y reúne las tropas.

Encontró el ejército en un desorden espantoso. Las tropas acampadas delante de Louvain, habían perdido todo, tiendas, cañones, equipajes; los soldados desertaban en masa, mas de 10,000 voluntarios habían vuelto á pasar la frontera; ninguno de los generales tenía aquella influencia necesaria, no ya para tomar la ofensiva, pero ni aun para dirigir la retirada.

Dumouriez, á su llegada, no disimuló los sentimientos de que estaba poseído: odio á la Convencion, restauracion del trono, murmuraciones y desprecio, sedicion próxima, hé aquí las ideas que adquirían los soldados y los generales; era una rebelion de palabras, preparando la rebelion de las armas.

Danton y Lacroix, que estaban con el ejército de Bélgica, partieron para Paris; evidentemente se preparaba un



choque entre Dumouriez y la Convencion; se trataba de parar el golpe.

Por su parte, los comisarios de la Convencion, Camus, Merlin de Douai, Treilhard, á quienes la oleada de los fugitivos habia arrastrado á Lille, y que procuraban reorganizar el ejército, se apresuraron á ver á Dumouriez en Louvain.

Entonces comenzaron las recriminaciones.

Los comisarios reprochaban á Dumouriez sus actos, que calificaban de antirevolucionarios, y entre otros, la órden que habia dado para la restitution de la plata de las iglesias.

Entonces exclamó Dumouriez:

—¿Creeis por ventura, señores, que solo á vosotros y á la Francia debo dar cuenta de mis acciones? No, me estimo en mas, y me juzgo desde mas alto. Debo dar cuenta tambien á la posteridad, Id á ver en las catedrales belgas las hostias pisoteadas, los tabernáculos y los confesonarios destruidos, las imájenes despedazadas. Si la Convencion aplaude tales crímenes, si no se ofende de ellos, si no los castiga, tanto peor para ella y para mi desgraciada patria. Sabed, que si fuera preciso cometer un solo crimen para salvarla, yo no lo cometeria: este estado de cosas deshonor á la Francia, y estoy resuelto á hacerlo cesar.

Estas palabras de Dumouriez, vinieron á confirmar la opinion que los comisarios se habian formado de él.

—General, dijo Camus, se os acusa de aspirar al papel de Cesar; si estuviera seguro de ello, yo representaria el de Bruto y os mataria.

—Mi querido Camus, respondió riéndose el general, ni yo soy Cesar, ni vos sois Bruto, y la amenaza de morir á vuestras manos me asegura la inmortalidad.

Despues encojiéndose de hombros, se separó de los diputados y escribió á la Convencion una carta en la que decia, que las medidas tomadas por el gobierno francés en los Paises Bajos, habian predispuesto de tal manera á la Bél-

gica, contra nosotros, que para no comprometer la seguridad del ejército que mandaba, habia creído deber replegarlo hasta las fronteras de Francia.

La carta se leyó públicamente en la Convencion.

Entre tanto Dumouriez, como dijimos ya, habia reorganizado las tropas, y habia dado un combate en que salió victorioso, sobre el mismo campo en que Valence habia sido derrotado.

Este combate se dió el 16 de Marzo.

Se hallaba el ejército al frente del enemigo.

Una gran batalla restituiria la moral á las tropas.

Dumouriez aventuró la batalla de Nerwinden y la perdió segun dijo, por causa de Miranda.

El duque de Chartres hizo prodigios de valor en esta jornada, en la que su caballo cayó muerto sobre él. Tomó dos veces el pueblo de Neerwinden, y fué el último en abandonarlo, como todo buen capitan es el último que abandona el buque, que está pronto á sumerjirse.

El general Valence, cayó echo pedazos por el sable enemigo.

Dumouriez se multiplicaba; todo fué inútil, el dia de los reveses habia llegado para él. Era preciso que se cumpliera el fatal destino del vencedor de Jemmapes y de Valmy.

Cuatro mil franceses cayeron muertos ó heridos, tres mil quedaron prisioneros, todo el material de guerra quedó en poder del enemigo.

Dumouriez acusó á Miranda de insubordinacion, Miranda acusó á Dumouriez de traidor.

Dumouriez no era un traidor; un general no traiciona nunca con la espada en la mano; todos los tesoros del mundo no bastarian para cicatrizar la herida que hace en el amor propio de un general, la pérdida de una batalla.

La carta de Dumouriez llegó á la Convencion mientras pasaban estos sucesos.



Ya dijimos que la carta de Dumouriez habia sido leída públicamente.

Es notorio que hacia mucho tiempo, Marat era enemigo de Dumouriez. Ya hemos visto lo que pasó entre el general y el periodista en casa de Talma. Concluida la lectura de la carta, Marat tomó la pluma y se puso á borrar papel.

Ya se sabe como mordía Marat, con sus dientes negros y temblorosos.

Segun Marat, que apenas se dignaba pasar á Dumouriez su batalla de Valmy, como pudiendo ser de alguna utilidad para la Francia, los combates de Granpré, de Mons, y la batalla de Jemmapes, no habian sido mas que triunfos desastrosos en que la sangre francesa se prodigó sin fruto para servir á la ambicion de un aventurero pérfido.

Fácil es comprender que Dumouriez que habia espuesto su vida veinte veces en estos cuatro combates, que habia salvado á la Francia en Valmy y el honor francés en Jemmapes; Dumouriez, á cuyos soldados se dejaba sin pan en el vivaque, sin bendajes en el campo de batalla y sin medicamentos en los hospitales, se desalentaria infinitamente con semejante asercion.

Así, pues, Dumouriez que se veia amenazado en Paris por los gefes de los Jacobinos y que acababa de perder la batalla de Neerwinden, comprendió bien que no le quedaba otro remedio, que pasar el Rubicon como Cesar y marchar sobre Paris como el vencedor de las Galias habia marchado sobre Roma.

Tres dias despues de la batalla de Neerwinden, entró en negociaciones con los austriacos y como garantía de los compromisos que acababa de contraer con ellos, les entregó el 31 de Marzo á Breda y á Gertruidenberg.

Ademas, estas negociaciones no eran nuevas: ya en los últimos dias de Enero habia habido un convenio entre la Holanda y Dumouriez, que segun parece era un plan para

la restauracion de la monarquía en Francia; pero la declaracion de la guerra del 1º de Febrero habia contenido sus efectos.

Hacer un tratado, despues de esta declaracion de guerra, habria sido una traicion de que Dumouriez no queria hacerse culpable sino en el último extremo: esa última estremidad habia llegado.

Por las noticias que le recibia de Paris, comprendió que estaba decretada su pérdida.

---

## CAPITULO XVI.

---

**A**PENAS se habian abierto las nuevas negociaciones, se presentaron á Dumouriez, como enviados por el ministro Lebrun, del cual llevaban una carta, los tres emisarios de la Convencion, Proly, Pereira y Dubuisson.

Segun decian, tenian que hacerle revelaciones sobre los negocios de Bélgica.

Dumouriez tenia el corazon doblemente lastimado, tanto por su derrota en Neerwinden, como por las injusticias de que era víctima en Paris; y ni aun se tomó el trabajo de disimular sus sentimientos en presencia de los embajadores de la Convencion: desde la primera entrevista les descorrió el velo de todos sus proyectos.

—Señores, les dijo: á los débiles les toca usar de la astucia;